

Austria deseaba también que Francia se abstuviera de atacar á Hannover, cosa que Dinamarca y las demás cortes protestantes no tolerarían, aparte de que Rusia, en virtud del tratado anglo-ruso de 1755, intervendría para proteger al electorado. La corte de Versalles consentía en abandonar á Federico y en contribuir, si era preciso, á la recuperación de Silesia con auxilio pecuniario; pero no quería facilitar tropas ni admitir la ruina total de Federico. En cuanto á la desmembración de Prusia, Starhemberg escribía, en 27 de febrero de 1756, «que el rey jamás daría oídos á tal proposición.»

Para conciliar esos puntos de vista casi opuestos, necesitábase mucho tiempo, por lo que Kaunitz resolvió consagrar los primeros resultados obtenidos por medio de un tratado, al que seguiría lo más pronto posible un segundo. El gobierno de Luis XV, á quien urgía distinguirse á los ojos de Europa por una gran manifestación diplomática, aceptó aquella idea, y en 1.º de mayo de 1756 firmóse en Jouy, en la quinta de Rouillé, el tratado de alianza entre Austria y Francia conocido con el nombre de primer tratado de Versalles. Austria se obligaba á guardar neutralidad absoluta en el conflicto surgido entre Francia é Inglaterra; Francia, por su parte, prometía respetar todos los territorios pertenecientes á María Teresa, especialmente los Países Bajos; y ambas potencias se garantizaban recíprocamente sus posesiones en Europa y convenían que si una de ellas era objeto de alguna agresión, la otra la auxiliaría con un cuerpo de veinticuatro mil hombres.

Hecho lo cual, cesaron las negociaciones.

«La señora de Pompadour está encantada, afirma Starhemberg, de la conclusión de lo que ella considera como obra suya, y me ha hecho asegurar que haría cuanto de ella dependiese para que no hiciéramos alto en tan hermoso camino.» — «Me ha hecho saber que siempre que yo quiera comunicar algo directamente al rey, podía pedirle una cita y que ella tenía ya permiso para verme á solas tantas cuantas veces yo quisiese.»

El 13 de mayo, el embajador pide á su corte que demuestre á la favorita su agradecimiento por todos los servicios que ha prestado:

«Es positivo, escribe á Kaunitz, que á ella se lo debemos todo y que de ella debemos esperarlo todo en lo porvenir. Quiere que se la estime y en realidad lo merece. La veré más á menudo y más reservadamente cuando nuestra alianza no será ya un misterio, y yo quisiera para entonces poder decirle cosas que personalmente la halagasen.»

Por lo que se refiere á Bernis, aún es más entusiasta que su protectora, y aconseja con empeño la aventura, todos cuyos riesgos, dice en sus Memorias, ha medido. Los ministros, aun los que más hostiles en un principio se mostraban, acaban por dar su adhesión, y de las generalidades se pasa á los pormenores. Francia acepta la instalación del infante don Felipe en los Países Bajos, si bien preferiría que se la pusiera á ella directamente en posesión de aquellos territorios, y pide plazas de seguridad que le serán entregadas á cambio de sus anticpos pecuniarios; con estas condiciones se adherirá «al mayor debilitamiento del rey de Prusia.» Austria se hace de rogar un poco para aceptar el abandono de los Países Bajos; pero es con objeto de conseguir de Francia una ayuda más eficaz. Y en Versalles,

lo mismo que en Viena, se habla ya del reparto de la monarquía prusiana.

Mientras de este modo se marchaba á una inteligencia, Kaunitz trabajaba en San Petersburgo. El gobierno ruso habíase irritado en extremo al enterarse de la firma del tratado anglo-prusiano de Westminster, y cuando el embajador de Inglaterra cerca de la zarina había declarado que la adhesión de Prusia á la alianza anglo-rusa dejaba á ésta su valor primitivo, la soberana había protestado, diciendo que el tratado había sido firmado por ella con miras á una guerra contra Prusia. Rusia, sin romper con Inglaterra, continuó preparando la guerra contra Federico, y cuando el embajador de Austria, Esterhazy, informó en el mes de abril á la corte de San Petersburgo de las negociaciones entabladas con Francia y preguntó si, en caso necesario, podía contar Austria con la ayuda de Rusia, la zarina contestó que estaba dispuesta á una triple alianza ofensiva y hasta preparada para entrar en campaña. No era esto lo que convenía á Kaunitz, quien quería tener tiempo de concentrar un mayor número de tropas en Bohemia y en Moravia y hacer avanzar las negociaciones con Francia; pero de todos modos era muy importante la seguridad que tenía del concurso de Rusia. Además, la corte de Viena proponíase obtener la cooperación del elector de Sajonia, rey de Polonia, y la de Suecia.

En medio de esas negociaciones surgió la audaz iniciativa de Federico. Desde fines de 1755 conocía éste la aproximación de Francia y Austria; pero no creyó posible una alianza efectiva entre ambas cortes, y mucho más le preocupaba la actitud de Rusia. De todas partes recibía noticias alarmantes: tuvo conocimiento de un despacho que demostraba la inteligencia de las emperatrices, y desde Holanda le comunicaron que María Teresa había rogado á la zarina que suspendiera los preparativos militares, que ella juzgaba prematuros; de suerte que si la paz se prolongaba era sólo para mejor preparar la guerra. Federico comprendió entonces que si la coalición lograba concertar sus planes él estaba perdido, y después de haber pedido inútilmente á Viena explicaciones sobre los armamentos austriacos y la promesa de que no sería atacado, decidióse á tomar la ofensiva. El 28 de agosto de 1756, entre cuatro y cinco de la tarde, estando reunida la guarnición de Potsdam en la plaza de parada del palacio, montó á caballo y se puso al frente de las tropas. Su objetivo era Sajonia que ya había ocupado durante la guerra anterior; pretextos y aun razones para ello no faltaban, pues conocía las negociaciones del elector con sus enemigos. Como el ejército del elector-rey no estaba preparado, la victoria era segura, y cuando la corte de Viena viesse á su adversario en la frontera de Bohemia, quizás se mostraría más prudente. El día 15 de octubre, Federico hacía capitular á las tropas sajonas en Pirna, dejando en libertad á los oficiales, pero incorporando á los soldados á su ejército.

La ocupación de Sajonia indignó tanto más á Francia cuanto que la delfina era hija de Augusto III. En Versalles formóse nuevamente un partido de la guerra continental que tuvo á su favor á dos ministros de la Guerra, primero al conde de Argensón y después de la desgracia de éste al mariscal de Belle-Isle. La embaja-

da de Viena fué confiada á un lorenés que simpatizaba con Austria, el conde de Stainville; Bernis iba á ser nombrado secretario de Estado de los Negocios extranjeros (1), y María Teresa reclamó la ayuda prometida por Francia en el tratado de Versalles. Bernis empezaba á alarmarse; hubiera querido que Francia, por lo menos, no cayese bajo la dependencia de sus aliados, pero se veía empujado más de lo que deseaba. El ministro de la Guerra, en vez de los veinticuatro mil hombres prometidos, armó cuarenta y cinco mil «por causa de la delfina;» y en 1.º de mayo de 1757 firmóse con el Austria un segundo tratado, en el que los contratantes declaraban la necesidad de «reducir el poder del rey de Prusia á límites tales que ya no le sea posible turbar en lo porvenir la tranquilidad pública.» Francia se comprometía á pagar, además de los veinticuatro mil auxiliares prometidos en el primer tratado, á seis mil soldados alemanes; á emplear en Alemania ciento cincuenta mil hombres de tropas francesas; á satisfacer á la emperatriz un subsidio de doce mil florines, y á continuar la guerra hasta que se pudiese al Austria en posesión de Silesia. Austria, en cambio, prometía á Francia la soberanía de Chimay y de Beaumont, las ciudades de Mons, Ypres, Furnes, Ostende, Newport y el fuerte de Knoche; Ostende y Newport le serían entregadas inmediatamente después de ratificado el tratado y los demás territorios en cuanto Austria hubiese recuperado Silesia. El resto de los Países Bajos y el Luxemburgo serían entregados al infante don Felipe, á cambio de los ducados italianos de Parma, Plasencia y Guastalla, que recobraría la emperatriz.

Si no hubiese habido más guerra que la continental, hubiérase comprendido la alianza franco-austriaca, en la que las dos potencias habrían hallado ventaja; y aún así, la posición de Austria habría sido la mejor, puesto que, después de la victoria, habría recuperado Silesia y adquirido los ducados italianos, mientras que Francia sólo habría recibido una parte de los Países Bajos, ya que el resto pasaba á don Felipe. Pero en el momento en que Luis XV se comprometía más en la alianza austriaca, hacía tres años que había comenzado la guerra entre ingleses y franceses por mar y en las colonias. Y en tanto que Francia se obligaba á no entrar en tratados hasta que Austria hubiese obtenido satisfacción de parte de Prusia, Austria sólo prometía interesarse para que Francia pudiese conservar Menorca y recobrarse la plena disposición de Dunkerque; de suerte que distaba mucho de existir una exacta reciprocidad entre las obligaciones de ambos aliados.

II. — Las operaciones continentales de la guerra de Siete Años: comienzos de Choiseul (1756-1763)

La guerra iba á poner en lucha á casi todas las potencias europeas. El objetivo principal de la misma era la destrucción del poderío prusiano, y á este fin habíanse firmado varios convenios: al elector de Sajonia, rey de Polonia, se le había prometido el territorio de Magdeburgo; al rey de Suecia, la Pomerania, y Rusia se reservaba el territorio de Prusia; con lo que Federico ha-

(1) Bernis no obtuvo el cargo de secretario de Estado hasta junio de 1757, pero de hecho hacía dos años que dirigía los Negocios extranjeros.

bría quedado reducido al Brandeburgo. Proscrito del imperio, el rey prusiano tenía en contra suya á toda Alemania, excepto Brunswick, Hesse-Cassel y Hannover; su pérdida parecía, pues, segura, ya que, además, no podía esperar gran auxilio de Inglaterra, que había acogido muy mal el tratado de Westminster, que no se sentía muy dispuesta á dar subsidios y mucho menos á enviar soldados, y que quería reservar el dinero y los hombres para la guerra marítima y para la defensa del territorio, que se creía amenazado de una invasión francesa.

Federico, que desde 1752 había aumentado considerablemente sus efectivos, armado sus fortalezas, preparado sus almacenes y ejercitado sus tropas, hallóse, en 1757, al frente de un ejército de ciento cuarenta y siete mil hombres; pero si se tiene en cuenta que las tropas austriacas alcanzaron en 1758 la cifra de ciento treinta y tres mil hombres, que Francia había prometido sostener veinticuatro mil de tropas auxiliares y un ejército de ciento cincuenta mil, y que el ejército ruso ascendía á unos ciento diez mil, y si se añaden á todos estos ejércitos las tropas del imperio, se verá que el rey de Prusia iba á combatir en la proporción de uno contra tres.

Federico sentía zozobras que confiaba á sus familiares; comparábase con un ciervo perseguido por una jauría, ó con Orfeo perseguido por las Ménades, ó con una encina que resiste la tempestad y el rayo, y daba sus órdenes para el caso de que lo matasen ó le hiciesen prisionero. Pero, en el fondo, tiene confianza en sí mismo y se siente en posesión de su genio y de su método, que consiste en estudiar fundamentalmente la campaña que hay que hacer, trazar sus planes después de examinadas todas las eventualidades posibles, discutirlos con sus generales, escuchar todas las objeciones y hasta aceptar los contraproyectos en los cuales imprime su sello propio. Con sus concentraciones rápidas está siempre dispuesto á adelantarse al enemigo porque es el hombre de las ofensivas audaces; para él, la guerra de fortalezas es sólo secundaria; lo esencial es la batalla. Sin curarse de la inferioridad numérica, procura incomunicar al enemigo con sus almacenes y su base de operaciones, y en el campo de batalla practica «el orden oblicuo» é improvisa movimientos atrevidos, sabiendo hasta dónde puede arriesgarse con tal ó cual adversario cuyo temperamento conoce. Posee una magnífica artillería para comenzar el combate y una gran caballería que, á las órdenes de Ziethen y de Seydlitz, dos de los jinetes más famosos de Europa, carga «en muralla;» y su infantería está ejercitada en los fuegos de salva de sucesión rápida. Tiene generales excelentes, como Winterfeldt, Mauricio de Dessau, el duque de Bevern y Fernando de Brunswick, y por último domina perfectamente su ejército. Éste, al comenzar la guerra, se compone mitad de extranjeros y mitad de prusianos, pero la proporción de los indígenas irá aumentando poco á poco; la disciplina es rigurosa en extremo, mas Federico, sabe hacerse querer del soldado, se interesa por él, vela por sus necesidades y sabe qué palabras hay que decirle, y el ejército ama con frenesí «al viejo Fritz.» Otro fanatismo se junta á éste: los soldados de Federico, protestantes casi todos, creen combatir por su fe contra la coalición católica de Austria y

Francia. Ningún otro ejército podía ser comparado con aquél, como tampoco ningún otro príncipe ni general con aquel hombre extraordinario que llevaba en su cabeza la suerte de su Estado.

Francia no tenía ningún gran militar ni ningún gran ministro de la Guerra; la fortuna de sus generales dependía á menudo de los favores y de los caprichos de la corte, y la señora de Pompadour y París-Duverney proporcionaban mandos en jefe. Luis XV tenía su «secreto» para la guerra como para los negocios extranjeros y con él estaba en correspondencia directa el principal agente de la diplomacia secreta, el conde de Broglie, agregado como cuartel-maestre general al duque su hermano. Los generales subalternos escribían á la corte y recriminaban á sus jefes. Un día el conde de Saint-Germain, señalando el cuartel general del duque de Broglie, dijo: «¡He aquí al ánemigo!» Los generales en jefe se detestaban y sentían celos unos de otros hasta el punto de hacerse traición delante del enemigo, y muchos oficiales pretendían vivir, en tiempo de guerra, con el mismo lujo á que estaban acostumbrados en tiempo de paz. Uno de los generales en jefe, Richelieu, saqueará escandalosamente el Hannover, de manera que el ejemplo del saqueo se lo dieron á los soldados sus superiores. Por último, las tropas estaban insuficientemente instruidas, el ejército mal equipado y la caballería propensa á extenuarse con cargas magníficas pero infructuosas. Durante aquella desgraciada guerra, dejáronse sentir los defectos de la institución militar y el desorden del Estado.

Los rusos están mandados por generales que, extranjeros en su mayor parte, no son queridos por el soldado y temen verse perjudicados en la corte, llena de intrigas, en donde nadie tiene asegurado su favor; ninguno de ellos es muy valiente, y uno de los mejores, Apraxine, confiesa que no tiene las cualidades de general en jefe.

Los austriacos habíanse preparado desde hacía mucho tiempo para combatir al rey de Prusia, y cuando la guerra estuvo á punto de comenzar, agregóse al consejo de la Guerra un comité de preparativos militares. Las tropas estaban bien armadas y la artillería, muy poderosa, había sido perfeccionada; pero el mando en jefe era defectuoso y las envidias entre generales y las quejas á la corte tan frecuentes como en Francia. Los generales hallábanse en desacuerdo sobre los métodos de la guerra, pues mientras unos querían la ofensiva y la batalla, otros preferían la marcha prudente, la fortificación en campaña, la defensiva perpetua. Daun, el principal de ellos, á quien una victoria alcanzada sobre Federico al comienzo de la campaña dará cierta autoridad, era partidario del segundo método; para él lo esencial era no ser vencido, conservar su ejército; por esto se perderá más de una ocasión de combatir contando con la ventaja de la superioridad del número.

Los coligados no se pusieron nunca seriamente de acuerdo entre sí: los franceses obrarán en el Oeste, los rusos en el Nordeste y los austriacos en el Sur, en Sajonia y en Silesia; de suerte que si bien Federico luchaba en la proporción de uno contra tres, nunca encontró reunidos á esos tres en contra suya.

La guerra, sin embargo, empezó mal para Federico. En la primavera de 1757, invade éste la Bohemia, de-

rrota á Carlos de Lorena delante de Praga, el día 6 de mayo, y bloquea en la ciudad á una parte del ejército vencido; pero noticioso de que los austriacos al mando de Daun llegan por Moravia y por el alto Elba, sale á su encuentro y es por ellos derrotado en Kollin en 18 de junio, levantando entonces los prusianos el sitio de Praga y retirándose detrás de los montes de los Gigantes. Las cortes de Viena y de Versalles se congratularon de aquella victoria y Starhemberg escribió á Kaunitz que el rey de Francia, los ministros y el pueblo estaban transportados de alegría y no lo estarían más «si hubiesen sido los ejércitos franceses los vencedores.»

En el entretanto, dos ejércitos franceses han entrado en Alemania: el uno, mandado por Soubise, ha remontado el Mein y juntádose en Wurtzburgo con el ejército del imperio, á las órdenes de Hildburghausen; el otro, al mando del mariscal de Estrées, se ha internado en Westfalia. Este último derrota, en 26 de julio, en Hastenbeck, al duque de Cumberland, hijo de Jorge II, que mandaba las fuerzas reunidas de Hesse, de Brunswick y de Hannover. De Estrées, que había descontentado á Du Verney con sus quejas sobre las subsistencias, fué entonces reemplazado por el duque de Richelieu. Du Verney aconsejó la ocupación de Hannover y de toda la orilla izquierda del Elba, y Richelieu ocupó, en efecto, Minden, Hannover, Brunswick, Hesse Cassel y los ducados de Verden y de Bremen. Cumberland se retiró hacia el Elba y se dejó acorralar por la artillería de Stade, entrando en negociaciones en Closter-Seven y firmando la capitulación de 8 de septiembre de 1757, por la que depuso las armas y se obligó á no servir más contra Francia y sus aliados.

El rey Jorge era quien había ordenado á su hijo que capitulase. Desesperando de la ayuda prusiana después de la derrota de Kollin, quería salvar su electorado, y figurándose que el tratado de Westminster, firmado entre Inglaterra y Prusia, no obligaba á Hannover, pensaba en firmar la paz como elector de éste y rogaba al rey de Dinamarca que sirviera de mediador, todo ello á espaldas de su ministerio. Pero Federico se quejó al ministerio inglés y las representaciones de los ministros al rey Jorge fueron tan enérgicas que éste desautorizó al duque de Cumberland. El gabinete británico esperó la ocasión de anunciar la ruptura de los compromisos de Closter-Seven.

Federico, por su parte, había tratado de entrar en negociaciones con Francia y después de la capitulación de Closter-Seven envió dos edecanes á hablar con Richelieu; pero por el lado de Francia nada había que hacer por estar esta nación cada vez más comprometida con Austria. En septiembre, sucediéronse las malas nuevas en el campamento de Federico: el día 6 recibía la noticia de que en el territorio de Prusia los rusos habían derrotado á su lugarteniente Lehwaldt en Jägersdorf, y algunas horas después la de que Winterfeldt, encargado de la defensa de Silesia, había sido mortalmente herido. Winterfeldt murió al día siguiente, y su sucesor, Bevern, evacuará la Silesia en octubre. El 13 de septiembre los suecos entran en Pomerania, con lo que Richelieu puede libremente encaminarse á Brandeburgo ó á Magdeburgo; Soubise y el ejército del imperio amenazan la Turingia ó la Sajonia. ¿Adónde acudir? Federico se decide á firmar la orden de que sus tropas evacúen el te-

rritorio de Prusia, con ánimo de defenderse en Sajonia y en Brandeburgo; pero no sabiendo por dónde será atacado, va de un punto á otro, y en octubre tiene que dirigirse precipitadamente á Berlín, porque los rusos se han aproximado á aquella ciudad. «Mis enemigos son demasiados,» decía, y entonces confesaba el error que había padecido al suponer, en el momento de entrar en

órdenes recibidas de Versalles se disponía á tomar sus cuarteles de invierno, dejando para la primavera el sitio de Magdeburgo. Federico, que deseaba librar una batalla, no esperaba ser atacado, pero la corte de Viena mandó combatir y Hildburghausen y Soubise encontraron á Federico en Rosbach, en la orilla izquierda del Saale. El ejército de los primeros contaba sesenta mil



Federico II. Copia de un cuadro de Daniel Chodowiecki, que se supone copia del natural, y que fué regalado por el mismo rey á la familia del poseedor actual, Rodolfo de Leyen

campana, que Francia sólo prestaría al Austria un apoyo moral, pues nunca había podido pensar que tendría que habérselas con ciento cincuenta mil franceses. Hablaba ya de morir «con la espada en la mano,» pero las faltas de sus enemigos le salvaron: los rusos, llegado el invierno, evacuaron casi toda Prusia; los suecos no avanzaron; los austriacos eran muy prudentes; Richelieu saqueaba el Hannover, y el ejército de Hildburghausen y de Soubise comenzó una marcha de invierno que debía acabar en un desastre.

Las tropas de los «Círculos» proporcionadas por el imperio á consecuencia de la proscrición de Federico, eran milicias mediocres, sin cuadros sólidos, sin disciplina, inexpertas y sin convoyes organizados; y al ponerse en contacto con ellas el ejército de Soubise cayó en la mayor confusión, perdió sus bagajes y, sin víveres, desarrapado, vivió del merodeo. Los dos generales habrían querido no combatir, y Soubise, ajustándose á las

hombres; los prusianos eran veinte mil. El día 5 de noviembre, Federico dirigió contra las posiciones enemigas un ataque sin resultado y entonces los imperiales y los franceses intentaron envolverle; pero durante esta maniobra, mal dirigida por el general imperial contra el parecer de Soubise y de Broglie, la caballería prusiana arrolló á los imperiales. Fué una inmensa derrota, en medio de la cual sólo se mantuvieron firmes las dos brigadas mandadas por el conde de Saint-Germain y el regimiento de Piamonte, que prefirió «reventar» á retirarse. El ejército vencido se dispersó, entregándose al saqueo y á toda clase de excesos.

Con la derrota de aquel ejército, Sajonia se vió libre y Federico pudo marchar apresuradamente á Silesia, en donde los austriacos, mandados por Carlos de Lorena, acababan de apoderarse de Breslau. El día 5 de diciembre atacó al enemigo en Leuthen, consiguiendo la

más asombrosa victoria, haciendo veintidós mil prisioneros y tomando ciento treinta y un cañones y cincuenta y una banderas y estandartes. Quince días después volvió á entrar en Breslau y á poco conquistaba toda la Silesia. El efecto de aquella victoria á raíz de la de Rosbach, fué enorme: las pasiones religiosas y nacionales inflamáronse en Alemania, y Federico, defensor de Alemania y del evangelismo, pues aun siendo librepensador persiguió á los católicos de Silesia que se habían mantenido fieles al Austria, fué objeto de un culto entusiasta. En Versalles, Bernis hablaba de resignarse á la paz; en Viena, María Teresa se lamentó durante las recepciones de 1.º de enero de 1758, y en Londres, las victorias de Federico estrecharon la alianza comprometida por la capitulación de Closter-Seven, y Jorge II, violando aquella capitulación, rehizo el ejército del Electorado poniéndolo á las órdenes del general Fernando de Brunswick que Federico le prestara. El rey de Prusia proyectaba para el año que empezaba una campaña decisiva en Moravia y en Bohemia.

Sin embargo, la situación continuaba siendo crítica para él, pues los rusos, que todavía ocupaban una parte del territorio de Prusia, podían dirigirse hacia el Óder ó el Spree y atacarle de flanco por la retaguardia, y Luis XV se obligaba, en 4 de febrero, á enviar á Bohemia el cuerpo auxiliar de veinticuatro mil hombres que Francia había prometido y que ahora reclamaba María Teresa. En Inglaterra, en cambio, había subido al poder, en junio de 1757, Guillermo Pitt, que iba á dar gran impulso á la guerra contra Francia; y Federico consiguió, por virtud del convenio de Londres de agosto de 1758, que Inglaterra le pagase un subsidio de seiscientos setenta mil libras esterlinas y que ella y Hannover sostuviesen un ejército de cincuenta y cinco mil hombres en Alemania. Pero más que el auxilio de los ingleses favoreció la ineptitud de sus enemigos.

Rusos, austriacos y franceses obraron cada cual por su lado. En enero, los rusos tomaron Königsberg y luego invadieron el Brandeburgo, en donde pusieron sitio á Küstrin. Federico, que hacía la campaña en Moravia, en donde tenía sitiada Olmutz, dejó este sitio para correr á Brandeburgo, lo que pudo hacer sin verse molestado por los austriacos, y el 25 de agosto presentó batalla á los rusos en Zorndorf. Fué aquella una jornada larga, muy sangrienta é indecisa, pero los rusos se retiraron á Prusia; entonces Federico se volvió contra los austriacos que habían invadido Sajonia y amenazaban Silesia, y tras una derrota que sufrió en octubre, consiguió rechazar al enemigo obligándole á entrar en Bohemia.

En el entretanto, los franceses hacían la guerra en la Alemania occidental. El conde de Clermont, que había sucedido á Richelieu en el mando del ejército de Hannover y que había encontrado todos los servicios enteramente desorganizados, castigó á proveedores infieles y degradó á varios oficiales, pero continuó sin dinero y sin medios de transporte y con las tropas diseminadas en pequeños grupos, del Mein á Bremen y de Brémén al Rhin. Cuando Fernando de Brunswick hubo pasado el Áller y el Wésér, Clermont se replegó hacia el Oeste, evacuó Brunswick, Hannover y Bremen, no pudo defender Minden, retrocedió hacia Dusseldorf y repasó el Rhin.

También Fernando pasó este río y ocupó el territorio de Cléveris, y en 23 de junio, al frente de cuarenta mil hombres derrotó á los setenta mil de Clermont en Crefeld. La retirada de los franceses fué desastrosa; Clermont no conservó más «que una sombra de ejército» y fué reemplazado por el conde de Contades, el más antiguo, pero no el mejor de los generales del ejército. Contades y Soubise, que habían permanecido al frente del ejército del Mein, alcanzaron algunas victorias; mas no lograron juntarse y al final de la campaña se retiraron, Contades á Wesel y Soubise á Hanau, vigilados uno y otro por Brunswick, que estaba acampado en Múnster.

Aquel año dejó Bernis el ministerio de los Negocios extranjeros. La aciaga suerte de la guerra y la penuria del tesoro habíanle convencido de la necesidad de firmar la paz para substraerse á las consecuencias desastrosas de la alianza austriaca, y en una memoria expuso su opinión al rey, que no la aprobó. Entonces habló de retirarse proponiendo para substituirle al duque de Choiseul; Luis XV, que le tenía en gran aprecio, hizole primeramente nombrar cardenal y luego, en 9 de octubre de 1758, le aceptó la dimisión: «Consiento con pesar, le decía, que entreguéis los negocios en manos del duque de Choiseul que, en mi concepto, es efectivamente el único en este momento que puede encargarse de ellos, ya que no quiero en absoluto variar de sistema, ni siquiera que se me hable de tal cosa.» Bernis, después de la llegada de Choiseul, se retiró á su abadía de Saint-Medard de Soissons, en virtud de orden del rey, dada en carta de 13 de diciembre, de conformidad con la costumbre de que un ministro, al dejar sus funciones, se alejase de la corte por una temporada.

Stainville, hijo de un gran chambelán del último duque de Lorena, tenía un hermano que era general en un regimiento de croatas; conservaba cierto «barniz extranjero» y la gente decía que tenía aire de señor alemán. Entró en el ejército, portóse valientemente y fué nombrado coronel del regimiento de Navarra. Stainville era pequeño y feo; tenía la frente anchá y pelada, el cabello rojo, los ojos vivos, la nariz remangada, los labios gruesos y el porte osado, y su tono burlón y de cortés impertinencia le atraían muchas enemistades, pero era muy afortunado con las mujeres. Lleno de confianza en sí mismo, establecía «una diferencia infinita entre él y los demás hombres,» y supo conquistarse el favor de la señora de Pompadour sacrificándole á su parienta, la señora de Chiseul-Romanet, por quien el rey sentía gran afición. Nombrado embajador en Roma, en donde permaneció desde 1754 á 1757, disgustó á Benedicto XIV por su lujo, pero logró atraerlo á las miras del rey y obtuvo de él el arreglo de la cuestión interminable de los sacramentos. Embajador en Viena en 1757, llevó las primeras negociaciones para un matrimonio entre la archiduquesa María Antonieta y el heredero de la corona de Francia, siendo con tal motivo nombrado duque de Choiseul. Con su correspondencia sostenía amistades útiles y en Roma fué el comisionista de la señora de Pompadour para la compra de objetos de arte y la colmó de regalos raros. Una vez ministro, vivió suntuosamente; en Versalles y en París tenía siempre mesa puesta para ochenta convidados, y á pesar de

tener ochocientas mil libras de renta, contraía deudas. Luis XV le apreciaba por la rapidez de su trabajo y por la claridad de su talento, que hacían fáciles los asuntos. Gracias á sus miramientos con la señora de Pompadour, dispuso de todo el poder, siendo secretario de Estado de la Guerra en 1761, á la muerte de Belle Isle, y aquel mismo año secretario de Estado de la Marina.

Choiseul, aunque partidario de la alianza austriaca, comprendió que Francia se hallaba demasiado comprometida en Alemania y quiso restringir las obligaciones del rey para con María Teresa á fin de concentrar todos los esfuerzos de Francia contra Inglaterra. Firmó con Austria el tercer tratado de Versalles, que se suscribió en marzo de 1759, á pesar de estar fechado en 30 y 31 de diciembre del año anterior, y por el cual Francia consiguió que los subsidios atrasados debidos á Austria no se pagasen hasta después de la guerra. Además, no tuvo que proporcionar los veinticuatro mil hombres que se había obligado á enviar á Bohemia; en cambio, debía seguir sosteniendo cien mil hombres sobre el Rhin, satisfacer á la emperatriz doscientos ochenta mil florines mensuales y pagar subsidios á Suecia y Dinamarca. Las cláusulas del tratado precedente relativas, de una parte, á Silesia y, de otra, á Ostende y Newport, fueron renovadas; pero ya no se trataba de una cesión de los Países Bajos á don Felipe, sino que la emperatriz le abandonaba simplemente sus derechos á la reversión de los ducados italianos, con lo que desaparecía la única razón que justificaba la intervención de Francia en la guerra continental.

Durante los años que siguieron, los franceses continuaron su guerra aparte en el Oeste de Alemania. En 1759, Contades salió de Cléveris para dirigirse á Hannover, y el ejército del Rhin, mandado por el duque de Broglie, entró en Hesse. Fernando de Brunswick quiso atacar á Broglie, quien le venció en Minden, el 13 de abril; Contades se juntó con éste y, como era más antiguo en grado, tomó el mando de los dos ejércitos reunidos, lo que en gran modo disgustó al duque, quien no podía sufrir que nadie le mandase. Broglie había tenido el mérito de restablecer la disciplina en su ejército, en el que los jóvenes oficiales nobles que estaban en correspondencia con Versalles no se recataban de criticar sus operaciones; pero era un personaje altanero, irónico y áspero, insoportable á todo el mundo. En Minden, en donde el ejército estaba concentrado, Contades y él se disputaron; Brunswick, que se había retirado á la otra parte del Wésér, reapareció, marchó sobre Minden y en 1.º de agosto reparó con una victoria su fracaso del mes de abril. Después de la derrota, Broglie acusó á Contades de inercia y Contades á él de traición; la corte dió la razón al duque y le confió el mando en jefe.

En 1760, Broglie disponía de ciento treinta mil hombres; el grueso de su ejército estaba en el Mein, y en el Rhin había de estar á sus órdenes una reserva de treinta y tantos mil hombres mandados por el conde de Saint Germain. De Broglie y Saint Germain reunidos derrotaron á Fernando de Brunswick en Corbach, cerca de Cassel, el 16 de julio; pero Saint Germain, que tenía tan mal genio como el duque y que también quería mandar en jefe, quejose á la corte de Versalles de la conducta de Broglie y acabó por declarar que an-

tes «desertaría» que continuar sirviendo á sus órdenes. El conde hubo de abandonar el ejército, con gran sentimiento de los oficiales y de los soldados. Al final de la campaña, el sobrino de Fernando de Brunswick, á quien éste enviara á poner sitio á Wesel, fué derrotado el 15 de octubre, en Clostercamp, por el marqués de Castries, destacado por el duque de Broglie. En la noche que precedió á aquella batalla fué cuando el caballero de Assás y el sargento Dubois, que habían caído en una emboscada y á quienes se había intimado silencio bajo pena de la vida, dieron la voz de alarma al regimiento de Auvernia y se hicieron matar.

En 1761, el año en que Choiseul fué nombrado secretario de Estado de la Guerra, el ejército de Alemania fué aumentado hasta ciento sesenta mil hombres, teniendo Soubise el mando de las fuerzas del Rhin y Broglie el de las del Mein. Este último, sorprendido por Brunswick en febrero, estuvo á punto de perder Cassel; pero reparó su derrota. Los dos generales franceses citáronse para el 16 de julio en el Rhin; de Broglie, que llegó el día antes, no esperó á Soubise para atacar á Brunswick, pues sin duda no quería ser mandado en jefe por él ni compartir con él el honor de la jornada, y fué derrotado. Soubise, al aparecer intencionadamente, no le socorrió y los dos ejércitos volvieron á sus respectivos puestos, en el Rhin y en el Mein. Los dos generales se acusaron mutuamente ante la corte y esta vez fué vencido en la contienda de Broglie. De Estrées, que le sucedió, dejó que el enemigo tomara Cassel y retrocedió al Rhin, terminando con esto las inútiles operaciones en Alemania.

En el Este, Federico, siempre en gran peligro, hizo frente, durante aquellos tres años, á sus enemigos. Los austriacos y los rusos habían al fin resuelto juntarse en la campaña de 1759, y los primeros, al mando de Soltikof, llegaron en agosto á Francfort del Óder y efectuaron su unión con un cuerpo austriaco. Federico les atacó el día 12 en Kunersdorf, librando contra ellos una desastrosa batalla en la que perdió cerca de veinte mil hombres de los cincuenta mil aproximadamente con que contaba. Si los aliados hubiesen querido, habrían tomado Berlín y conquistado Brandeburgo; pero Daun llamó á Soltikof á Silesia, cuya reconquista era la idea fija de Austria. Los rusos llegaron hasta Glogau y después de esperar inútilmente á los austriacos, volviéronse á Prusia; Daun había marchado á Sajonia, en donde el ejército de los Círculos operaba para recobrar de los prusianos el electorado, y en septiembre ocupó Dresde. Sajonia estaba perdida para Federico; pero éste, con gran asombro suyo, había conservado Berlín y el Brandeburgo; este fué, según dijo, «el milagro de la casa de Brandeburgo.» En el año siguiente, 1760, aún sufrió mayores contratiempos: en Sajonia había un ejército austriaco, en Silesia otro y los rusos reaparecieron en el Óder; Federico se batió en Sajonia y en Silesia y se habría visto cercado por los coligados si éstos no se hubiesen concertado tan mal como en la campaña anterior, resultando de ello que los rusos emprendieron una vez más el camino del Norte. En octubre, tropas rusas y austriacas se presentaron delante de Berlín que, no estando fortificada, capituló casi sin defensa y fué saqueada, después de lo cual los rusos, sabedores de que se